



El extraño

DE MIS SUEÑOS

ESE CURIOSO DESEO

SELENIA GRANT



EL EXTRAÑO DE MIS SUEÑOS

Ese curioso deseo

Selenia Grant

Ese curioso deseo

El cuenco de fresas con nata estaba encima de la mesa grande del comedor, me levanté indecisa y cogí una de ellas. La saboreé en mi boca y se deshizo el jugo dulce que tanto me apetecía, era una delicia poder disfrutar de ese manjar junto a él. Suerte que estaba dormido o de lo contrario volvería a caer en la tentación, en el deseo de perderme entre las sábanas solamente con ese macho alfa que me volvía completamente loca...

Escuché una voz en la lejanía que irrumpía en mi plácido sueño. Se desvaneció su imagen, la habitación de diseño, las deliciosas fresas y mi subconsciente se empezó a dar cuenta y a reconocer la voz que me llamaba: volvía a tratarse del mismo sueño. Me levanté casi de un brinco de la cama y me vestí en menos que canta un gallo para volver al mundo real, saliendo a toda prisa de mi habitación y corriendo hacía la cocina para tomarme un café antes de ir al gimnasio.

- ¡Buenos días Bella Durmiente! – Me saludó mi hermano mientras ojeaba el periódico de todas las mañanas en la cocina.

Le di un beso en la mejilla mientras a su vez le daba un sorbo a su taza de café recién hecho. Mi hermano había sido el culpable de desvelarme de ese sueño que se me repetía muy a menudo últimamente.

A mis 32 años recién cumplidos todavía no había encontrado a mi alma gemela ni tampoco estaba interesada en hacerlo por el momento, pero estaba empezando a preocuparme el hecho de soñar casi cada noche con alguien desconocido y que no había visto en mi vida antes. No era normal en mí, tener ese tipo de extraño deseo por un hombre que posiblemente había creado el subconsciente.

- Dalia, me voy a la oficina, ¿Estarás en la consulta a la hora del almuerzo?

- Pues claro, aunque no te retrases como la última vez... No quiero volver a hacer esperar al señor Fisher.

Mi hermano Dorian trabajaba como agente de seguros y solía pasarse para almorzar algunas veces a la semana. Me había costado mucho sacrificio y

constancia abrir mi consulta privada, gracias a Dios lo había conseguido y de momento mi consulta de psicología iba viento en popa.

Lo sé, mis padres nos pusieron nombres de Dioses griegos a mi hermano y a mí, supongo que estaban demasiado entusiasmados y a la vez exhaustos de concebir gemelos, aún no he tenido descendencia, pero criar a dos criaturas a la vez, tiene que ser una gran aventura. Cuando esté en mis planes tener hijos, realmente me daré cuenta de lo que supone, por ahora disfruto de mi juventud y soltería.

Salí de casa como alma que lleva al diablo, llevaba media hora de retraso y no quería hacer esperar a mi primer paciente del día, así que el gimnasio tendría que esperar por hoy.

Estaba un poco indecisa y a la vez un tanto nerviosa. Mi paciente estrella, el señor Fisher me había encomendado una tarea bastante engorrosa. Necesitaba hablar conmigo y puesto que estaba enfermo, debía acudir a su casa para visitarle allí. Robert Fisher era un magnate de las finanzas, un hombre rico y poderoso que seguro que había sido todo un galán en su juventud. A sus 60 años, seguía conservando su atractivo y mucha gente lo comparaba con *George Clooney*. Tenía más de media hora de camino y me fastidiaba conducir de noche, por si fuera poco, estaba lloviendo a cántaros y me preocupaba salirme de la carretera. Mi viejo Volkswagen tenía las ruedas desgastadas y no estaba para esos trotes, sin embargo, estaba acostumbrada a ir al trabajo en metro. No hubiera accedido a esta proposición si no se hubiera tratado del señor Fisher, hacía casi dos años que era paciente mío y al ser su psicóloga particular, conocía casi su vida entera. Sus propinas me ayudaron a subsistir cuando empecé con el negocio; era justo que le devolviera el favor.

Mi teléfono móvil empezó a sonar, en la pantallita iluminada aparecía el nombre de mi mejor amiga, puse el *manos libres* y respondí. Carla estaba entusiasmada por volver a Nueva York, llevaba seis meses estudiando en el extranjero y estaba deseando llegar para contarme sus anecdóticas experiencias. Yo también necesitaba que volviera, la echaba demasiado de menos y quería contarle todo lo que me había sucedido desde su marcha. Por ahora, faltaban 2 días para que aterrizara en tierras americanas y tenía que

ingeníarmelas para conseguirle sitio en mi casa, puesto que mi hermano se había instalado en la habitación de Carla y no había tenido el valor de decírselo. Estaba mal por mi parte cederle su habitación, pero no imaginaba que regresara tan pronto ni tampoco que mi hermano se quedara más de lo previsto. Su “prometida” o lo que fuese a estas alturas, le había echado de su casa a raíz de una discusión y no podía dejar a Dorian en la calle, puesto que mis padres todavía se encontraban de misioneros en África colaborando con una ONG.

Colgué la llamada justo en el momento que mi coche emprendía el largo sendero de entrada a la mansión Fisher. Al acercarme a la verja de entrada, ésta se abrió sola y pude continuar el camino hasta llegar a una zona boscosa y muy verde. Era increíble lo que contemplaban mis ojos, estaba anonadada y encandilada con aquella inmensa mansión, daba un aire un tanto tétrico de noche y sobre todo me hizo recordar a las típicas fortalezas encantadas de las películas de terror. Todo tenía un halo misterioso, aunque lo más fascinante en sí no era la mansión, sino a quién me encontré dentro.

Un pequeño camino empedrado llegaba hasta la puerta de entrada. Atravesé el camino vigilando no tropezar con los tacones y llegué al fin a la entrada. Toqué el timbre mientras esperaba en la penumbra, nerviosa y a la vez extrañada por las novedades del día. Cuando me abrieron la puerta, me desmayé al poner un pie en la estancia. No podía creer lo que mi vista me estaba mostrando, no podía ser de ninguna de las maneras. Las piernas empezaron a temblarme y no pude ni siquiera pronunciar palabra, empecé a sentirme muy cansada y todo se volvió borroso a mi alrededor. La última imagen que vi antes de sumirme en la oscuridad y caer desmayada en sus brazos, fueron sus penetrantes ojos azules que escudriñaban con preocupación mi cara pálida.

Empecé a recobrar el conocimiento, pero no me levanté. Me encontraba tumbada en un sofá, en una pequeña estancia rústica muy acogedora. Las paredes eran de madera, al igual que el techo y el suelo, había dos grandes estanterías a ambos lados llenas de libros y cabezas de ganado colgadas en las paredes. *No sabía que al señor Fisher le apasionara la taxidermia*, me dije

para mis adentros mientras observaba con detenimiento. Una sola lámpara de estilo vanguardista alumbraba la sala, era acogedora y enfrente de mí había una chimenea con el fuego encendido, él estaba sentado delante, mirando fijamente las llamas. Incluso estando de espaldas podía reconocerle, era el hombre de mis sueños, no cabía duda alguna. Se trataba del mismo joven apuesto que aparecía cada noche en mis letargos nocturnos. Era un chico alto y de constitución fuerte, moreno y de ojos azules. Hacía que me deshiciera como un helado en verano, parecía que pudiera desnudarme solo con una mirada. Nunca me había sentido tan atraída por alguien, ni siquiera por ninguno de mis novios cuando apenas era una adolescente, ni tampoco por ningún ligue esporádico. La situación era cada vez más rara y a la vez emocionante.

Mi cerebro empezó a funcionar deprisa, muchas preguntas sin respuesta danzaban por mi mente, estaba hecha un lío. Necesitaba entender qué estaba pasando. Sabía con certeza que el señor Fisher era viudo y que no tenía descendencia, eso hacía extraña la situación. ¿Quién era ese apuesto hombre de mis sueños? ¿Qué explicación razonable podía tener para convencerme de que lo que estaba pasando no era cosa de brujería?

Tenía una manta echada encima y mis pies estaban descalzos. El hombre desconocido se había tomado la molestia de quitarme los tacones y taparme. Ahora que ya volvía a la realidad y era consciente, me moría de vergüenza por haberme desmayado sin más. Se me escapó una risita tonta al recordar la situación vivida. *Dalia no tienes remedio*, me reprendí para mis adentros.

El joven se levantó y se acercó, clavé mi mirada en su semblante y comprobé que en efecto era el mismo chico, no estaba delirando ni nada por el estilo. Una voz familiar irrumpió la escena y apareció el señor Fisher caminando con su bastón a paso lento, avanzando hasta llegar a los pies del sofá.

- Señorita Kim, veo que ya se ha despertado, me siento culpable por lo que le ha ocurrido y le pido disculpas, podemos dejar la sesión para dentro de un rato, primero quiero que se recupere de su desmayo. – Dicho esto, señaló al apuesto desconocido con el dedo y lo presentó como su sobrino. ¡Al fin recibía un poco de información!

Habían pasado alrededor de unos 20 minutos desde que Robert Fisher me había presentado a Lucas Fisher, su sobrino, sacándome de dudas y reconfortándome. Me extrañaba que el señor Fisher no hubiera hablado en ninguna sesión de su sobrino, no sabía si ese dato era bueno o malo, pero me tocaba conocerle por mí misma. El apuesto y atractivo hombre de mis sueños por fin tenía nombre y apellidos.

Lucas me intimidaba con una sola mirada. En realidad, esperaba que no se percatara de que me estaba comportando como una niñaata bobalicona. No podía dejar de sonrojarme cada vez que me miraba o me hablaba. Su voz era dulce y decidida, me tranquilizaba oírle contar mi desmayo, quitándole hierro al asunto. Me sentía muy a gusto, puesto que para mí era como si ya le conociese, a causa de su intrusión en mis sueños. El mayordomo de Robert Fisher me trajo un té caliente y humeante. Era un hombre bajito y pequeño, tenía el pelo canoso y por su forma de andar parecía que cojeara. Le di las gracias por el té y él respondió risueño, haciendo caso a una indicación de la cabeza de Lucas, salió de la estancia sin hacer ruido, dejándonos de nuevo a solas.

- Señorita Kim, le agradezco que se haya tomado la molestia de venir personalmente a ver a mi tío. Últimamente su estado de salud se ha resentido y en su estado, el médico le ha recomendado que se quede reposando en casa.

—

- ¡Oh no se merecen! Su estado de salud... ¿A qué se refiere? —

Lucas Fisher volvió a mirarme del mismo modo misterioso de antes, se acercó y se sentó en el pequeño sofá de cuero marrón, justo a mi lado. Llevaba un atuendo muy deportivo, que a la vez le daba un aire muy juvenil. Podía ver sus pectorales marcados en la camiseta de manga corta azul marino. Los pantalones de chándal, largos hasta justo por debajo de la rodilla, ceñidos por la parte trasera y más sueltos abajo, mostraban su figura atlética y sus duros glúteos. Estaba empezando a coger calor con el frío que hacía y precisamente no era por el té.

Me quedé callada esperando una respuesta por parte de Lucas, una contestación que no llegó, puesto que éste decidió omitir mi pregunta y centrar la conversación en mí. Mientras le escuchaba hablar, no dejaba de

aparecer en mi cabeza el sueño de la noche anterior. Veía con claridad sus ojos azules clavados en los míos y sus manos recorriendo mi cuerpo entero. Recordaba el cuenco de fresas y los juegos de cama que habíamos inventado con ellas. Eran divertidos porque no solo se limitaban al sexo, sino a pasárnoslo bien y a disfrutar el uno del otro.

- ¿Me está prestando atención señorita Kim? – me espetó de repente Lucas, haciendo que volviera de nuevo al mundo real.

- Por favor, llámame Dalia, no me gustan las formalidades. – le respondí con un ápice de indignación falso en mi voz. Creo que se dio cuenta de que, en efecto, tenía mis pensamientos en otra parte, lo que Lucas desconocía era que en ellos él era el protagonista.

Para contentar al atractivo sobrino del señor Fisher, intenté disimular mi nerviosismo y centrarme en la conversación que por ahora no me había aportado información alguna. Lucas quería conocerme más a fondo o eso era lo que parecía, ya que puso sumo interés en mi carrera como psicóloga y en mi vida en general. Le conté que vivía con mi mejor amiga Carla, pero que ahora ella se encontraba de viaje y en su lugar tenía a mi hermano haciéndome compañía en casa.

- Voy a proponerte un juego. - Me dijo Lucas con aire curioso, después de evitar mis preguntas sobre él de nuevo.

- Como psicóloga que eres te voy a dar la oportunidad de conocerme sin darte muchos detalles sobre mí, a ver si eres capaz de lograrlo. – Añadió, mientras a su vez se levantaba del sofá y me repasaba con la mirada de arriba debajo de un modo muy sensual.

El mayordomo del señor Fisher apareció de nuevo en la estancia justo en ese momento, para comunicarme que Robert me esperaba en su despacho para empezar la consulta de hoy.

Seguía lloviendo a cántaros y yo estaba llegando al garaje subterráneo de mi edificio para aparcar mi viejo Volkswagen. El señor Fisher tenía problemas serios de corazón y la noticia le había dejado un poco hecho polvo. No era

muy mayor, apenas contaba con 60 y pocos años, por eso había tenido que ir a visitarle a su mansión. La sesión con él había ido bastante bien, sus preocupaciones por su enfermedad le provocaban ataques de ansiedad bastante seguidos y hablar conmigo le había ayudado mucho a tranquilizarse. No llevaba conmigo ni el ordenador portátil ni tampoco mi libreta para anotar las cuestiones de la sesión, el sobrino de Robert Fisher se había ofrecido a dejarme unos folios en blanco que casualmente me había olvidado en su casa.

Mientras esperaba el ascensor para por fin poder llegar a mi casa, mi mente aún seguía en la mansión Fisher y en Lucas. Sus ojos seguían en mi cabeza, esa penetrante y atractiva mirada azulada que tanto me gustaba y que nunca hubiera pensado conocer en la vida real. No sólo me encantaba por su evidente atracción, sino por cómo me había cuidado en mi desmayo y la preocupación que se reflejaba en su rostro al intentar que accediera a visitar a un médico. Me negué en rotundo a ir a visitar a ningún doctor, puesto que sabía de sobras que el desvanecimiento era a causa del impacto tan fuerte que supuso para mí, ver en carne y hueso y con mis propios ojos, al apuesto hombre de mis sueños.

Abrí la puerta de casa esperando encontrar a mi hermano echado en el sofá como cada noche, aunque esta vez no fue así. Para mi sorpresa, Alicia su “prometida”, estaba en casa y por los gritos que retumbaban en las paredes del comedor, supe que estaban discutiendo para variar.

Apenas podía sentir la voz de Dorian, ahogada por los chillidos de Alicia. Me desagradaba mucho que se pelearan, sobre todo porque en mi edificio no quería tener malos rollos con ningún vecino y mi reloj de pulsera marcaba las 11 de la noche. No eran horas para hacer ruido. Me encerré en mi habitación, intentando hacer caso omiso a los gritos y abrí el portátil para revisar el correo electrónico, mi estómago me avisó de que llevaba sin comer desde la hora del almuerzo; estaba hambrienta.

Fui a la cocina y me llamó la atención el cuenco de fruta, mi hermano lo había rellenado y las fresas, rojas como la sangre, me recordaron al sueño de la noche anterior y cogí unas cuantas. Me encantaban las fresas, de echo era fanática de todo lo dulce, pero las fresas eran especiales por su significado para mí. Las fresas eran asociadas por mi mente directamente a Lucas Fisher. Mis deseos más ocultos habían cobrado vida y aunque a mis 32 años tuviera

pocas cosas claras, una de las que sabía con seguridad era que haría lo imposible para conocer a Lucas más a fondo. Me había sentido muy cómoda el poco rato que había podido quedarme a solas con él.

El timbre empezó a sonar y corrí a abrir con la esperanza de que no fuera la policía. No habían venido nunca a mi edificio, todos los vecinos solían ser gente que sabía comportarse, pero me temía que se hubieran quejado por los gritos de Dorian y Alicia, con toda la razón. Una de las fresas que estaba saboreando se me cayó de las manos al abrir la puerta.

Lucas Fisher se agachó y me la devolvió del suelo, su sonrisa expectante hizo que se me iluminara el rostro y mis preocupaciones por la policía se desvanecieron. Le hice pasar y mientras me miraba expectante, me disculpé por el desorden. Tenía los nervios a flor de piel de nuevo, no había pasado ni siquiera una hora desde la última vez que había visto a Lucas y aunque estaba contenta de tenerle de nuevo conmigo, la situación seguía siendo muy extraña.

- ¿Has recibido mi e-mail? – Me preguntó Lucas mientras a su vez me pasaba los apuntes de mi sesión con su tío.

Una sonrisa picarona asomó de sus labios y cogió una de las fresas del cuenco sin pedir permiso. Deslicé mi mano suavemente por el mármol y me imaginé una escena un tanto subidita de tono. Lucas se había cambiado de ropa para venir a verme. En lugar del atuendo deportivo, llevaba puesto un suéter granate y unos tejanos oscuros, le sentaba muy bien la ropa de calle.

- Revisé el correo hace poco, pero no vi ninguno tuyo... a propósito, ¿quién te ha dado mi dirección de correo electrónico y de mi casa? – Le pregunté como quien no quiere la cosa, quitándole importancia a la pregunta.

La discusión de Dorian y Alicia parecía que había llegado a su fin, ya que los gritos se fueron relajando hasta convertirse en risas. “*Este par están como una cabra...*” me dije a mi misma.

Salieron de la habitación a toda prisa, casi a trompicones. Después de las peleas, venían las reconciliaciones y yo esperaba que así fuese para que Carla volviera a tener su habitación en su regreso. Lucas y yo nos miramos extrañados y no pude evitar sonrojarme nuevamente, le dije en voz baja que se trataba de mi hermano y su prometida, justo en el mismo instante en que

aparecieron en el comedor.

Alicia tenía los ojos enrojecidos de haber llorado y mi hermano hacía cara de cansado, pero aun estando tristes, los semblantes de ambos cambiaron al vernos a mí y a Lucas.

- Lucas te presento a mi hermano Dorian y a su prometida Alicia. – Le dije a Lucas mientras mi hermano me propinaba un pequeño empujoncito en el hombro y me guiñaba el ojo. Seguro que se había pensado que Lucas era un ligue y en parte, ojalá así fuera. Ni yo misma tenía claro todavía porque Lucas se había tomado la molestia de venir hasta casa a traerme mis papeles, prácticamente acababa de conocerle.

Dorian y Lucas se estrecharon las manos, mientras Alicia se acercaba a mí y me hacía gestos con las manos y con su mirada para preguntarme quién era ese apuesto joven. Intenté que no se me escapara la risa, viendo a Alicia detrás de Dorian y Lucas; la situación era graciosa. El atractivo sobrino del señor Fisher no pasaba desapercibido, ni siquiera para mi futura cuñada.

Les comenté bastante rápido que se trataba del sobrino de mi paciente Robert Fisher y mientras Alicia escudriñaba con unos ojos como platos a mi hombre de los sueños, se acercó a mi hermano y le susurró algo al oído. La mirada interrogativa de Dorian se clavó en Alicia automáticamente y ésta se fue de repente hacía la habitación de mi hermano, para volver con una revista en la mano. *¿Qué estarán tramando estos dos?* Pensé para mis adentros, ante la mirada expectante de Lucas. No parecía sentirse incómodo con la situación, cosa que yo agradecía, pero deseaba que Alicia y Dorian se marcharan para poder prestar toda mi atención a Lucas.

Alicia me pasó la revista, iba soltando risitas a su paso y se posicionó al lado de mi hermano. Los dos nos miraban a ambos, esperando algún tipo de explicación. Me quedé atónita al ver a Lucas en la portada de una de las revistas más exitosas del país. Era una revista de finanzas, mi hermano solía leer ese tipo de revistas y el titular me impactó. Teniendo en cuenta que no sabía apenas nada del apuesto Lucas Fisher.

En la portada aparecía Lucas vestido de traje negro, cruzaba los brazos y su pose le hacía parecer un poco más mayor, cosa que le daba un aire mucho más seductor. Debajo de la imagen, había una frase que me dejó congelada. Para nada habría pensado nunca, encapricharme (si realmente lo estaba) de un

hombre famoso dentro del mundo de la automoción y las finanzas.

“El famoso piloto de fórmula 1 Lucas Fisher, apuesta en el mundo de las finanzas heredando uno de los bancos más exitosos a nivel mundial.”

La palabra perpleja se queda corta para definir mi estado. Una sensación de vulnerabilidad que no sabría explicar se instaló en mí y no pude evitar abrir la revista hasta llegar a la página de la entrevista. Sentía vergüenza, ya que no era para nada fan del mundo del motor, no me apasionaban los coches de carreras ni tampoco la velocidad. Lucas Fisher era una figura muy popular y conocida por doquier. Todo el mundo sabía quién era, menos yo. Lucas se dio cuenta de mi desconcierto y me quitó, con mucha delicadeza, la revista de las manos.

- ¡Ei! Eso es hacer trampa. Dijimos que adivinarías cosas sobre mí, según tu análisis psicológico. – Sonrió Lucas, mientras yo seguía sorprendida y no podía reaccionar.

El juego de Lucas

Me sentía en una nube, las pequeñas gotas de lluvia caían sobre mi dorada cabellera larga y rizada, pero me refrescaban y no me importaba. Parecía que flotase, paseando al lado de Lucas por mi barrio. No llevábamos paraguas, puesto que habíamos salido a dar una vuelta para poder hablar sin ser molestados. Mi hermano y Alicia todavía seguían en mi casa, no eran un incordio, pero Lucas había sugerido ir a algún lugar en el cual estuviéramos a solas. Aún estaba fascinada con el hombre de mis sueños, ya que no solamente era famoso dentro del mundo del motor, sino que a su vez acababa de heredar uno de los bancos más ricos de todos y yo no acostumbraba a codearme con gente de tanta categoría. Un pequeño sentimiento de inferioridad se instaló en mi cabeza, pero enseguida se esfumó al ver que Lucas posaba su mano sobre mi hombro y me sonreía, mientras cruzábamos la calle.

- ¿Te gusta nadar? – Me preguntó Lucas sonriendo, entretanto sacaba su teléfono móvil y llamaba a alguien.

La conversación telefónica fue breve y solo pude alcanzar a escuchar algo sobre una piscina, por si fuera poco, el asunto cada vez se volvía más enigmático con una mezcla de entusiasmo y euforia en mí que trataba de disimular, aunque mi cara de bobalicona reflejara lo opuesto. Le respondí que me encantaba nadar y que de hecho había sido muy buena nadadora de pequeña en mis clases de natación. Durante nuestro paseo sin rumbo (yo desconocía a dónde nos dirigíamos) aproveché la ocasión para informarle sobre las medallas que había ganado como nadadora, recordando con nostalgia esa época de adolescente en la que el sexo masculino todavía no había despertado mi interés. Llegamos a una parada de autobús y Lucas me dijo que aguardáramos. Todo era tan curioso y expectante que ni siquiera salían las palabras de mi boca para indicarle que a las 12 de la madrugada no iba a pasar ningún transporte público. Sus misteriosos ojos azules me transmitían mucha paz, una sensación que me reconfortaba y me daba a entender que no debía tener miedo ni temer a nada, estando a su lado. Su atracción cada vez era más fuerte, parecía que tuviera implantado un imán

atrayente que con su magnetismo me abocara con fuerza hacía él.

Me arrimé a Lucas, sentados en ese pequeño banco en la parada del autobús y en ese mismo momento, un Subaru negro con los cristales tintados se paró enfrente nuestro. El mayordomo que me había servido el té en casa de Robert Fisher se bajó del asiento del conductor e hizo un ademán con la cabeza a Lucas y a mí. Nos subimos los dos en la parte trasera del Subaru, los asientos tapizados en cuero eran muy cómodos y dentro olía maravillosamente, un aroma dulce y suave que mis fosas nasales supieron apreciar enseguida.

En el trayecto en coche hacía un lugar sorpresa, según las primeras palabras que arrojaban algo de luz hacía nuestro destino, Lucas me habló un poco sobre su carrera como piloto profesional. Mencionó que actualmente vivía con su tío, había hecho un parón en su carrera de fórmula uno para cuidarle (cosa que decía mucho sobre él) No mencionó nada de la herencia millonaria que citaba la revista. Me dijo que su idea era contármelo él mismo en esa misma visita con la excusa de devolverme mis papeles, pero ya que mi cuñada se había avanzado, no le quedaba más remedio que darme explicaciones. A pesar de esa información, el juego que habíamos acordado seguía en pie y su idea consistía en empezar a conocernos esa misma noche. No se trataba de una cita, pero se parecía muchísimo a lo que para mí es la definición de una cita. Al fin, llegamos a lo que parecía ser una urbanización de *alto standing*, chalés preciosos e inmensos, todos ellos con grandes jardines y muchos con piscina privada y jacuzzi.

Nos despedimos de Carl, el mayordomo particular de Robert, trabajaba para toda la familia Fisher y Lucas me lo presentó, justo después de bajar del Subaru y dejarnos delante de una gran fortaleza moderna exageradamente grande y con apariencia de mucho lujo. Carl me besó la mano e hizo una reverencia antes de irse, mientras a su vez Lucas se apartaba para darle instrucciones en voz baja a Carl. La urbanización estaba en una buena zona, rodeada de bosque y de zonas verdes, divisé un parque en la lejanía y me divertí imaginándome cómo sería vivir allí. Tan distinto de mi barrio, en el centro de la mismísima gran ciudad. Aquella tranquilidad me enamoraba.

Nos encontrábamos justo delante de un gran soportal. Todo el perímetro de la vaya exterior, estaba cercado por unos frondosos y altos árboles. Lucas empezó a palparse los bolsillos del pantalón y de la americana buscando algo,

empezó a ponerse nervioso y antes de poder preguntar qué hacíamos allí, me miró sonriendo con su habitual mirada seductora.

- Mi idea era darnos un baño en la piscina cubierta de la casa de vacaciones de mi tío y no encuentro las llaves... ¿Cómo llevas el tema de la gimnasia? Tendremos que saltar. Debajo del felpudo de la entrada hay la llave de recambio. –

Mi cara de sorpresa lo decía todo y Lucas no dudó en cogerme entre sus fuertes brazos y levantarme para que pudiera llegar al extremo superior del pórtico. Un escalofrío recorrió mi espalda y noté una pequeña excitación. Todo mi ser deseaba con fuerzas el cuerpo entero de Lucas. Rezando para mis adentros, ya que lo primero que me vino a la mente fue el pensamiento de que saltara una alarma o algún tipo de sistema de seguridad anti robos. Salté al otro lado y Lucas lo hizo también sin casi esfuerzos. ¡Vaya aventura estaba viviendo!

Nunca me había quedado en ropa interior ante alguien como Lucas. Me avergonzaba que no le gustara mi cuerpo, pero su mirada, mientras nos desvestíamos para meternos un rato en la gran piscina cubierta del señor Fisher, se iluminó y me repasó pícaramente de arriba abajo. Yo no podía quedarme atrás, así que inspeccioné el cuerpo desnudo de Lucas, a excepción de unos bóxers azul marino ceñidos. Su torso era atlético y definido, era evidente que le gustaba hacer ejercicio y ponerse en forma. Poseía un cuerpo espectacular. Se tiró de cabeza sumergiéndose en el agua y yo hice lo mismo. Mi emoción no hacía más que aumentar y estaba excitada por conocerle más e intimar lo necesario.

La luz tenue añadía interés a la situación. El agua de la piscina se reflejaba en toda la estancia, incluido el techo y la temperatura del agua era excelente. No estaba para nada fría y recordé que hacía mucho tiempo que no me pegaba un chapuzón. Lucas empezó a comportarse como un crío, salpicándome y haciéndome ahogadillas, estuvimos cerca de 20 minutos jugando en el agua como dos niños pequeños, hasta que sugirió salir del agua y tomar algo para

charlar. Quería empezar con su juego de adivinación y al parecer le divertía, al igual que a mí, ya que su entusiasmo se dejaba entrever detrás de su fachada de tipo duro.

Salimos del agua y me arropó con una toalla. Me encantaba que me estrechara entre sus fornidos músculos. Titubeé cuando de manera autoritaria me indicó que le pasara la ropa interior mojada, para ponerla a secar. Con la toalla enroscada, hice malabarismos para quitarme por debajo mis braguitas y el sujetador, a su vez que me sonrojaba, le pasé mis prendas.

Lucas se marchó y me quedé a la espera sentada en una pequeña mesa. Apareció a los cinco minutos, vestido con unos cómodos pantalones deportivos y una sudadera amarilla, me pasó una camiseta masculina de manga corta junto con unos bóxers de hombre. Me indicó el cuarto de baño de la zona de la piscina y me dijo que podía ponerme esa ropa suya para no tener frío.

Me sequé el pelo a la velocidad de un rayo. En el pequeño cuarto de baño además del secador de mano, había potingues y cremas masculinas. No había indicios de ninguna figura femenina en todo el aseo. Al menos, lo poco que había descubierto en los pequeños cajones de la moderna pica, situada al lado del wc, eran solo artículos para hombres. Me puse la ropa rápidamente, estaba ansiosa por hablar con Lucas y que me contara un poco sobre su vida. Los bóxers me quedaban grandes, al igual que la camiseta, pero me daban un aire sexy. Me miré en el espejo y acabé de acicalarme el pelo.

Lucas había sacado una botella de cava y había puesto un mantel rojo en la pequeña mesa que había apartada, justo delante de lo que parecía ser una sauna. En el centro de la mesa, una vela se contoneaba en la estancia. También se había tomado la molestia de sacar unas cuantas fresas y la verdad que, para mí, no existía combinación mejor que las fresas con cava. Me senté en la silla mientras Lucas descorchaba la botella y me sirvió en una copa el cava espumoso. Lo saboreé y su sabor era afrutado. Me encantaba aquel detalle por parte del hombre de mis sueños. La velada fue muy bien, empezamos con el juego de Lucas y pude descubrir bastantes cosas desconocidas hasta ahora sobre él. Me contó que su padre había fallecido recientemente y por ese motivo vivía provisionalmente con su tío. Su madre se encontraba internada en un centro para personas con problemas psíquicos.

No quise entrar más en detalles, ya que el semblante de Lucas se achantó y no pude soportar ver la tristeza en sus preciosos ojos. Me habló sobre su carrera como piloto y de un accidente que le había dejado en coma. Ese accidente había sido mortal y se había librado de las garras de la muerte por muy poco. El motivo de su año sabático fue para pensar en lo que haría respecto a su trabajo con la fórmula uno y la empresa de su padre, que estaba aprendiendo a llevar con la ayuda de Robert. Lucas Fisher era inmensamente rico, pero no había tenido una vida fácil y me compadecí de él.

La conversación empezó a alcanzar un tono más elevado, Lucas me preguntó si tenía novio o esposo y le hice un breve resumen sobre mi nefasta vida amorosa. Ese hecho le divirtió y me encantó verle reír felizmente de nuevo. Me confesó que se había sentido atraído por mí, pero que estaba en una situación complicada en su vida y no quería dar falsas esperanzas a nadie. No había tenido una relación estable con nadie todavía y su vida amorosa había sido bastante denigrante. No quería creer que Lucas me estaba mintiendo, aunque no pudiera creer que alguien como él, apuesto, atractivo, con una buena posición social y muy conocido, nunca hubiera tenido algo parecido a una novia.

Lucas cogió una de las pocas fresas que quedaban y empezó a jugar con ella entre sus dientes y su lengua. Un sofocón me recorrió el estómago, más bien estaba cogiendo calor.

Lucas me llevaba en brazos entre risas, hasta una habitación en la que había una enorme cama. Por lo menos, medía dos metros de ancho por dos metros de largo. Tenía ganas del hombre de mis sueños, quería que se realizaran realidad mis sueños y perderme entre las sábanas con él. Me metió dentro de la cama y me arropó, mientras a su vez me plantaba un beso en la frente. La situación era divertida y yo estaba muy excitada, no podía estar más feliz. Le abracé y él me correspondió. Fue un largo abrazo que esperaba que durara para siempre. Se apartó un poco y me dijo que él no iba a dormir allí conmigo. Me enfurruñé y me dijo que no era apropiado mantener sexo conmigo en mi estado. No estaba borracha, solamente un poco contenta por

el cava. Me moría de ganas de pasar a la acción, sin importarme nada más que no fuera estar con Lucas. El dueño de mis sueños se levantó y después de pronunciar unas buenas noches, casi inaudible, salió por la puerta y la cerró. Dejándome sola en la completa oscuridad de la habitación.

Me desperté con los primeros rayos de Sol. Me dolía un pelín la cabeza, pero me sentía fresca y renovada. Esa cama era todo un lujo y mi espalda, acostumbrada a mi pequeña cama individual, estaba de maravilla. Pocos días podía levantarme sin dolor de espalda y ese día era uno de ellos. Recordaba pequeñas escenas de mi sueño, de nuevo con Lucas. No quería ir a trabajar, no quería irme de allí. De golpe, me acordé de mi teléfono móvil y de que no había avisado a mi hermano, pero no sabía dónde estaban mis cosas.

Lucas entró en la habitación despeinado que le daba un aire muy sensual. Su sonrisa hizo que mi rostro se iluminara y mis preocupaciones se desvanecieron. Llevaba en las manos una bandeja de bandeja con el desayuno y la dejó en la mesita de noche que había justo a mi lado. Tenía a mi lado al hombre de mis sueños y aunque él no supiera que le conocía desde antes de conocerle, parecía encantado de tenerme allí.

Se metió dentro de las sábanas y se sentó a mi lado, me acarició la larga cabellera y empezó a deslizar sus dedos por mis mejillas. No pude contenerme más y me lancé, le besé apasionadamente. El beso fue largo y sensual, mis pezones erectos se marcaban en la camiseta holgada que llevaba puesta y Lucas me la quitó delicadamente. Me quedé desnuda delante suyo y él empezó a acariciarme el cuerpo entero. Pasando las yemas de los dedos por mi cuello poco a poco, pasando por mis senos y llegando hasta el ombligo. Estaba completamente excitada y deseosa por comerme a Lucas. Salió de la cama y de un arrebato lanzó las sábanas que me cubrían al suelo. Ese acto, hizo que mi excitación aumentara. Notaba las pulsaciones de mi corazón en mi sexo, igual que un animal en celo. Se quitó la camiseta y los pantalones, arrojándolos al suelo a medida que se los quitaba. No pude evitar fijar mi mirada en su prominente pene erecto que se marcaba perfectamente en los bóxers ajustados. Para mi sorpresa, me cogió de las piernas y me acercó a él. Se puso encima de mí y volvió a besarme con avidez. El sabor de los besos de Lucas era exquisito. Prosiguió con pequeños mordisquitos en mis labios y bajando hasta llegar a mis pezones, chupándolos y dando pequeñas mordiditas. Quería que me penetrara y me hiciera llegar hasta el cielo. Metí

mi mano por dentro de sus boxers y empecé a acariciar su hinchado pene. Un gemido de placer salió de sus labios y se quitó los boxers con una mano, mientras con la otra seguía acariciando mis zonas erógenas.

Me bajó los boxers suyos que llevaba puestos, dejándome totalmente desnuda y a su vez prosiguió con grandes lametones por todas mis piernas. Subiendo muy lentamente, mientras no podía evitar acariciarle el pelo, mis manos se movían solas y se aferraban más, llegando al punto de tirar incluso de él, a cada punzada de placer que me teletransportaba al paraíso. Noté su lengua en mi sexo, hábilmente estaba haciéndome sentir un millón de sensaciones placenteras. No podía evitar que de mi boca saliera algún gemido y sin quererlo, me hizo llegar al éxtasis. El orgasmo que Lucas me había provocado con su lengua no era uno normal, estaba fuera de serie. Explotó en mi interior, sensibilizando mis zonas íntimas, creando un deleite muy apetitoso.

Me cogió en brazos y me sentó en su regazo. Nos fundimos de nuevo en un apasionado beso y yo no pude evitar lanzar un grito de placer, al notar su miembro eréctil dentro de mí. Mis pechos danzaban de arriba abajo al son de nuestros movimientos, mi cuerpo iba a deshacerse de tanta delicia. Clavé mis uñas sin darme cuenta en la espalda de Lucas a la vez que emitía un gran gemido de placer y el éxtasis lo envolvía a él también. Llegamos juntos al orgasmo y enseguida pude sentir el líquido caliente de Lucas en mi interior. Estaba exhausta y a la vez muy a gusto. Nadie había conseguido antes dejarme tan satisfecha.

Carl me recogió de la casa de vacaciones y me dejó en mi consulta. Mi primer cliente ya estaba esperándome sentado en la recepción. La complaciente distracción de Lucas me había costado llegar tarde al trabajo y era una de las únicas veces que eso no me importaba. Me sentía en una nube de algodón, deseosa por volver a ver al dueño de mis sueños.

A media mañana hice un parón para tomarme un café y revisar el correo. Para mi sorpresa, mi hermano estaba buscándome como un desesperado y no sabía

si contaba conmigo para ir a almorzar. Le dije que tenía novedades que contarle y que por supuesto que iríamos a almorzar juntos. El siguiente e-mail, para mi sorpresa, era de Lucas. En él citaba:

Buenos días Dalia, por el incidente de esta mañana creo que has dormido muy bien esta noche...

¿Puedes mirar tu teléfono móvil por favor?

Lucas

Corrí al bolso y me di cuenta de que no llevaba encima mi móvil. Me lo había dejado en la casa de vacaciones del señor Fisher, no era algo inusual que me ocurrieran estas cosas, puesto que tal y como me decía mi madre muchas veces, algún día iba a perder la cabeza. El único que podía hacerme perder la cabeza de verdad era él. Lucas Fisher, el dueño de mis sueños, el famoso piloto de carreras que acababa de heredar una suma exorbitante de dinero y una empresa millonaria.

Buenos días Lucas, acabo de darme cuenta de que me he dejado mi móvil con las prisas en la casa de vacaciones.

Dalia

El teléfono de mi consulta empezó a sonar y me quedé perpleja al oír la suave voz de Lucas.

- Veo que no se te puede distraer de buena mañana. - Dijo Lucas risueño y haciendo que me pusiera completamente roja como un tomate. *Menos mal que no te puede ver*, pensé para mí misma.

- Supongo que necesitarás tu teléfono móvil, así que si quieres podemos quedar para almorzar. - Añadió seguidamente.

Deseaba con todo mi ser volver a verle. Me sentía demasiado a gusto con él, pero me había comprometido con Dorian pocos minutos antes y no podía dejarle plantado. Así que le comenté que estaría ocupada hasta la hora de cenar y si podía hacerme un hueco. Me contestó que había estado pensando en llevarme a cenar precisamente.

- Te recojo a las 8 en tu casa. Pasa un feliz día Dalia. –

Colgó la llamada antes de que pudiera contestar. Por lo poco que estaba conociendo a Lucas, estaba viendo que era un hombre muy autoritario, hecho y derecho. Me encantaban los hombres con este tipo de rasgos característicos. Con una sonrisa que me duró todo el día, cerré el correo electrónico y proseguí.

Dorian me contó en el almuerzo que esta misma noche iba a llevarse sus cosas y regresaría a su casa con Alicia. Me alegraba que todo volviera a la normalidad en la vida de mi hermano. Quise contarle mi noche loca con Lucas, puesto que siempre le había contado todo a mi hermano gemelo. No solo era mi hermano, sino también un fiel amigo en el que podía confiar ciegamente. Pero estaba tan entusiasmado por volver de nuevo a estar junto a Alicia, que resumí mi encuentro con el hombre de mis sueños. Estuve a punto de contarle que Lucas había empezado a parecer en mis sueños desde hacía tiempo, sin embargo, una llamada de su trabajo nos interrumpió y tuvo que marcharse a la agencia aseguradora.

Regresé a mi consulta y mi teléfono empezó a sonar de repente. Mi amiga Carla llevaba llamando a mi móvil durante toda la mañana sin recibir contestación. Empecé a contarle mi aventura nocturna con Lucas y pude sentir la curiosidad, más que evidente, de Carla. Seguro que estaría frotándose las manos, ansiosa por conocer con detalle todo lo que había pasado. Carraspeé y me acomodé en la silla de mi consulta, preparándome para explicarle con pelos y señales todas las novedades sobre Lucas.

Un secreto inconfesable

Carla llegó en taxi hasta nuestro edificio y la ayudé a subir su maleta hasta nuestro piso. Aún estaba fascinada por los acontecimientos que le había contado, incluso me había preguntado si Lucas tenía algún hermano, cosa que lo dudaba porque no me había dicho nada relacionado con hermanos. Anoté ese dato en mi mente, necesitaba saber todo lo posible sobre el hombre de mis sueños. No quería obsesionarme con él, ni pasarlo mal, ni enamorarme (cosa difícil). Solamente ansiaba ser conocedora de su vida, poder estar con él haciendo lo que fuese. Me sentía totalmente realizada estando a su lado. Me llamaba la atención por lo misterioso que parecía, sobre todo al ser el mismo individuo de mis sueños.

Eran las 7 en punto de la tarde y apenas faltaba una hora para mi cita con Lucas (o lo que fuese). Me empeñaba en convencerme a mí misma que no era una cita, sino más bien una quedada de dos amigos que se estaban conociendo. Cuando le conté a Carla mis preocupaciones interiores, me dejó más inquieta todavía de lo que ya estaba.

- Oh cariño, no quiero darte malas noticias, pero por lo que me cuentas y con esa cara que pones, creo que te estás enamorando. – Dijo Carla mientras me prestaba ropa que había traído de su viaje para que me probara.

Mi amiga era adicta a las compras y no había podido resistirse tampoco en el extranjero. Sus aficiones se limitaban en comprar y gastar, cosa que yo no podía permitirme debido a los altos costes que debía afrontar por mi negocio. Tampoco me gustaba ir de compras asiduamente. Las pocas veces que acompañaba a Carla, terminaba sentada en el banco de algún parque esperando que ésta se decidiera y con los pies adoloridos de tanto andar. A pesar de todo, Carla era mi mejor amiga y me hacía feliz verla disfrutar con la ropa. Siempre había sido mi *personal shopper* particular, ya que tenía muy buen gusto por la moda.

Me decidí por un atuendo casual, pero a la vez elegante que era un tanto vistoso. Se trataba de un vestido ceñido que llegaba justo a la altura de la rodilla y unos zapatos marrones de tacón ancho que combinaban a la perfección con las tonalidades anaranjadas y marrones del vestido. Me miré

frente al espejo de pared que tenía Carla en su habitación y no pude evitar ruborizarme al imaginarme a Lucas, repasándome con la mirada como solía hacer.

- ¡Estás para mojar pan! Seguro que Lucas no puede aguantar toda la cena sin quitártelo. – Me dijo Carla a carcajada limpia.

Idolatraba a mi amiga por su sentido del humor en cualquier situación, siempre estaba dispuesta a sacarle una sonrisa a alguien para hacerle feliz. Incluso una vez consoló a Dorian en una de sus rupturas con Alicia. Ella tenía todo lo que todo hombre buscaría en una mujer. Aún no entendía cómo seguía soltera.

El timbre empezó a sonar y miré la hora en mi reloj de muñeca. Faltaba todavía media hora para nuestra cita, así que desde el cuarto de baño le chillé a Carla que abriera la puerta. Mientras me recogía el pelo en un moño despeinado, pero a la vez muy sugestivo, escuché la voz de Lucas y la de Carla, mientras ésta le informaba que estaba acabando de arreglarme. Me miré en el espejo, tendría que apresurarme a maquillarme si no quería hacer esperar a mi cita. Me maquillé los ojos con el delineador negro y los labios de un color carmín. El peinado había quedado perfecto y mis tirabuzones le daban un toque muy sofisticado.

Carla me dio un pequeño empujoncito en el codo y con una mirada pícaro me guiñó el ojo. No sabía cómo podía hacer aquello ante la mirada de Lucas, pero mi amiga era muy atrevida y no le daba vergüenza nada. Mi hombre estaba espectacular, no lo había visto tan bien vestido con anterioridad y la verdad es que deseaba con todas mis fuerzas volver a estar a solas con él. Me cogió del brazo y para mi sorpresa me trajo un detalle, algo a lo que no estaba acostumbrada. Pocos hombres se presentaban en mi casa con un ramo de fresas adornadas de chocolate negro y blanco. Era un regalo muy original y delicioso, ya que las fresas me volvían loca (no tanto como Lucas).

Carl nos recogió en mi edificio con el mismo Subaru negro que nos había llevado hasta la casa de vacaciones y el mismo con el que me había llevado a

trabajar esa misma mañana. El mayordomo de Robert Fisher hacía de chofer particular a Robert y Lucas, además de encargarse de las demás tareas. No entendía cómo podía sacar tiempo para hacerlo todo. En el trayecto hasta la cena, noté a Lucas un tanto distinto a la noche anterior. Parecía que algo le preocupara y no dejaba de mirar a cada rato el teléfono móvil. No quería meter mis narices en donde no me incumbía, solo estaba preocupada por el señor Fisher. Le pregunté a Lucas por Robert, puesto que no volvía a tener consulta con él hasta la semana próxima. Me comentó que estaba bien, que no me preocupara y que disfrutara del viaje. Este último comentario me sonó un poco extraño y lo entendí cuando llevábamos casi una hora de trayecto. Le pregunté a Carl si podía decirme a donde íbamos, en ese mismo instante Lucas contestó por él y me dijo que no tenía que ser tan curiosa, que lo descubriría en cuanto llegáramos y que ya no faltaban muchos kilómetros. Esta vez pude ver aflorar una pequeña sonrisa a Lucas, a pesar de su semblante serio y de inquietud. Su desasosiego me importaba mucho, precisamente porque todavía conocía muy poco sobre él. No estaba en la posición de tener derecho a exigirle explicaciones. Intentaría sonsacarle el tema en la cena, cuando el ambiente fuera más acogedor y estuviera más tranquilo.

Al cabo de quince minutos llegamos por fin a nuestro destino. En ese preciso instante me acordé de mi teléfono móvil y estuve a punto de pedirle a Lucas que me lo devolviera. Llevaba todo el día sin él y quería revisar las llamadas por si me habían llamado mis padres. Desde que se habían ido a África, se lo estaban pasando en grande ayudando a la ONG y podían pasar semanas enteras sin tener noticias suyas.

Me quedé embobada cuando Carl nos abrió la puerta y nos dejó justo delante de una mansión enorme, la cual estaba repleta de gente muy bien vestida, con trajes de gala y algunas mujeres con peinados estrafalarios. No esperaba para nada que Carl nos llevara a un sitio así. Había reporteros con cámaras de vídeo por doquier, camareros con bandejas llenas de comida, una sonora música de ambiente y una gran carpa, que ocupaba prácticamente todo el jardín de la casa en cuestión. Mi semblante de extrañeza enseguida alertó a Lucas y se acercó a mí, después de despedirse de Carl, ante la mirada de varios comensales.

- Mi hermano pequeño ha dado una fiesta por su cumpleaños y nunca

me perdonaría si no asisto. Así que tendremos que cenar con toda la gente y en cuanto mi hermano haya partido el pastel, nos iremos a la casa de vacaciones del tío Robert. –

Mi cara enfurruñada fue suficiente para que Lucas viera mi respuesta sin pronunciarla. Estaba bastante enfadada por no haberme dicho a dónde íbamos a cenar, pero el mayor motivo era que quería estar a solas más tiempo con él. Lucas no iba a hablarme sobre su vida delante de tanta gente y yo tampoco estaba preparada para conocer a su familia. Lo único bueno que había sacado en claro, era que Carla podría estar contenta, porque efectivamente Lucas tenía un hermano y precisamente más pequeño. Carla era 4 años menor que yo.

Afortunadamente, Carla me había aconsejado bien y con mi atuendo medianamente elegante, no desentonaba demasiado con los otros invitados. Intenté mejorar mi cara, cuando Lucas me cogió de la mano y empezamos a avanzar por el inmenso jardín. Los reporteros, atrincherados en la gran verja de entrada, intentaban sacar alguna foto del interior del recinto y esperaba que no tuviéramos la mala suerte de ser fotografiados juntos. Lo último que me faltaba era salir en la televisión, ni que me relacionaran con gente de *alto standing*. Muchos invitados se acercaban curiosos a Lucas y él les saludaba a todos ellos sin presentarme. Supongo que no hacían falta presentaciones, debido a que yo solamente iba en función de acompañante al cumpleaños de su hermano. Ni siquiera habíamos hablado sobre nosotros, si es que había un nosotros.

No conocía a nadie de esa fiesta, ningún rostro me resultaba familiar. Un chico muy guapo y atractivo, que se parecía mucho a Lucas, nos abordó por detrás y propinó un puñetazo, en broma, al hombro de Lucas.

- Dalia este es mi hermano pequeño Aaron. No te fíes ni un pelo, es una gran pieza. – Dijo mientras bromeaba con Aaron sobre su vistoso y llamativo traje rojo. De hecho, Lucas y Aaron solo se parecían en el físico, pero a primera vista se podía apreciar lo distintos que eran ambos.

Aaron me pareció un chico muy simpático. Me saludó con un apretón de manos que casi me deja sin muñeca, era musculoso y estaba en forma como su hermano mayor. Aaron se unió a nosotros, saludando a cada paso que dábamos a todos los que se le acercaban. Muchas miradas nos seguían, tanto

de hombres como de mujeres y estaba empezando a sentirme un pelín incómoda con la situación. Deseaba marcharme de allí con Lucas y poder estar solamente nosotros dos.

Al final, resultó divertida la fiesta. Aaron nos sentó juntos al lado de él y de sus primos. Los primos de Lucas me cayeron muy bien, se trataba de dos chicas y dos chicos muy adorables y encantadoras. Las chicas eran hermanas y los chicos eran hijos únicos. Las chicas eran bastante jovencitas, una de ellas, precisamente la mayor que aparentaba unos veinte y poco se llamaba Zoe, su hermana menor de unos dieciocho años se llamaba Lia. Los chicos eran más mayores, más o menos de la edad de Aaron y Lucas, no eran gemelos como yo y mi hermano, pero se parecían bastante y apenas se llevaban un año de diferencia de edad. El más mayor se llamaba Alfred y el menor Zac.

Todo iba sobre la seda, Lucas no dejaba de acariciar mis piernas por debajo de la mesa, cosa que hacía que tuviera aún más ganas de estar a solas con él. Los chicos no dejaban de reír a carcajadas y alzar la copa para brindar, todavía no habían traído el pastel de cumpleaños y estaba deseosa de que llegara para podernos ir a la casa de vacaciones. Lucas me había susurrado en la oreja, las ganas que tenía de seguir con el juego y de estar en la intimidad.

No pude dejar de fijarme en una chica muy guapa, atractiva y despampanante. Era la típica fémina de pechos prominentes y cinturita de barbie. Llevaba un vestido fucsia muy sexy de tirantes que apenas le tapaba los glúteos y unos tacones asesinos del mismo color. Desde que habíamos entrado en la carpa para sentarnos a cenar, no nos había quitado el ojo de encima y yo tampoco a ella. Miraba a Lucas y luego a mí, así la había pillado en más de una ocasión. No pude contener más mi curiosidad y le pregunté a Aaron por esa muchacha que no dejaba de fijar sus ojos en mí, aprovechando el momento en que Lucas se había ido al baño. Aaron dijo que se trataba de Tiffany, una antigua amiga de la familia y que había sido novia de Lucas.

Esto último me encendió de enfado, puesto que Lucas me había contado algo

muy distinto al tema de las relaciones. Cuando llegó del wc me preguntó qué me ocurría, ya que mi semblante reflejaba mi disgusto ante la presencia de esa mujer y también de la mentira que me había contado Lucas. No le contesté e hice caso omiso a sus palabras, mientras a su vez prestaba atención a la música de cumpleaños que empezaba a sonar y al gran pastel que aparecía, llevado por unos camareros, poco a poco hasta el centro de la carpa.

Aaron sopló unas grandes velas rojas en forma de 30. Todos se levantaron para aplaudir, incluida la mujer rubia que seguía mirándonos con cara de pocos amigos a cada rato. Lucas me susurró en la oreja que había llegado la hora de marcharnos, pero estaba tan enfadada con él que volví a hacer ver que no le escuchaba y a ignorarle. De repente, se levantó de la silla y ante la mirada atenta de todos me dijo que por favor le siguiera. Me disculpé ante sus primos, mientras Aaron estaba ocupado abriendo regalos de una gran mesa repleta de obsequios por su cumpleaños. Ni siquiera se percató de nada y por suerte los comensales tampoco. Estaban más entretenidos viendo lo que le habían regalado a Aaron, a excepción de la mujer del vestido fucsia.

Seguí a Lucas por el gran jardín y llegamos hasta la parte trasera de la casa, dónde había una gran pérgola y debajo un pequeño estanque con algunos peces de colores. La noche ya había caído y el sol se había puesto por completo. Lucas se quedó de pie en la pérgola y cogiéndome con una mano la mía, me suplicó que le contara que me pasaba.

- Dímelo tú, Lucas. Sé que solo somos amigos, pero me incomodan las miradas asesinas que me lanza tu ex novia Tiffany. –

Lucas ladeó la cabeza como si lo que le estaba contando le sonara a chino y yo seguí insistiendo.

- Sé que no puedo reprocharte nada, pero me incomoda que una ex tuya esté aquí y más porque me dijiste que nunca habías tenido novia. –

Su respuesta me enfadó aún más. Lucas me dijo que no estaba mintiéndome y que, si alguna vez habían sido novios, él no se acordaba. Estaba a punto de entrar en un ataque de histeria. Cómo podía mentirme en mis narices con semejante excusa.

- ¡Por el amor de Dios Lucas! Me mentiste, ni tú mismo sabes con quién has salido. ¡Me voy! – Salí corriendo de allí, mientras pequeñas lágrimas de

agua salada recorrían mis mejillas. Me negaba a que Lucas me tocara y le dije que no quería oír una palabra suya más, que necesitaba estar sola en casa y pensar las cosas.

Me sentía engañada y a la vez traicionada. ¿Cómo podía ser Lucas tan inmaduro? Me dio mi teléfono móvil y fuimos a despedirnos de Aaron, sus primos y los demás invitados. Cuando precisamente me despedía de Zac, Lucas me puso una mano en la cintura y me dijo que Carl nos aguardaba fuera. Le quité la mano de mi cintura con un manotazo y sin contestación salí fuera. Carl me abrió la puerta y me metí dentro sin despedirme de Lucas. Creo que Lucas quería volver también, pero vi que Carl abría la ventanilla y hablaban sobre regresar a por él cuando me dejara en mi casa. La verdad es que lo prefería así, para no tener que estar más con Lucas. Era irreal que pudiera cambiar mi sentimiento por otro totalmente opuesto. Hacía unas pocas horas que solo deseaba estar con él a solas, pero ahora lo único que quería era llegar a casa y desahogarme con Carla.

Al llegar a casa me quité los tacones y me tiré en el sofá, acurrucándome hecha un ovillo como si fuera un recién nacido en la barriga de su madre. Carla intentó quitarle hierro al asunto y me dijo que no debería de darle importancia a las ex novias de Lucas, porque consideraba que formaban parte de su pasado. No me había enfadado por ver a Tiffany (bueno un poco) el motivo gordo de mi enfado había sido la mentira que él me había hecho creer. Mi móvil empezó a sonar y el nombre de Lucas apareció en la pantallita iluminada. Colgué las llamadas, una tras otra. No quería hablar con Lucas ni que me convenciera para llevarme a la cama otra vez. No iba a caer de nuevo en su trampa.

Me puse el pijama y me llevé un bol de helado a mi habitación. Estaba muy dolida y a la vez cansada. Alguien llamó al fijo de casa y sentí a Carla hablar con alguien. A los pocos segundos apareció en mi habitación con una mala noticia que me dejó de piedra.

- Dalia acaba de llamar el señor Robert Fisher, sé que ahora no viene al caso, pero quizás Lucas no te mintió. El señor Fisher acaba de confirmarme que Lucas perdió por completo la memoria en un accidente laboral hace dos años y que no la ha recuperado todavía, también lamento informarte que me ha llamado desde el hospital porque Carl y Lucas han sufrido un accidente. -

Continuará....